

padre: Sandoval me dió el brazo para subir la escalera y me preguntó:

—¿Te has divertido, hija mia?

—¡Oh, mucho! respondí yo.

—¿Te ha gustado la ópera?

—¡Muchísimo!

—¿Y el Conde?

Yo quedé cortada y trémula.

—¿Te pregunto, insistió Sandoval, si te ha agradado el Conde?

—Sí, respondí ruborizándome, es muy simpático.

Llegamos, al decir esto, á la puerta de la habitacion que tenía abierta un criado.

Entramos en la de mi aya, que aún se hallaba levantada, y Sandoval dijo con frialdad:

—Señora, aquí está Valeria.

Me besó en la frente y añadió:

—Buenas noches, querida.

Mi aya y yo quedamos solas.

VI.

LA VUELTA Á CASA.

Felicia me había esperado, leyendo á la luz de la modesta lámpara de cristal blanco que hasta entónces había alumbrado nuestros bordados y labores nocturnas.

Aquella linda habitacion parecia la mansion del reposo.

—Y bien, mi querida niña, dijo Felicia, ¿se ha divertido usted?

—¡Oh, mucho, mucho! exclamé con entusiasmo.

—¿Le ha agradado la ópera?

—¡Extraordinariamente, y luégo he tenido una ovacion!...

—¿Quién, usted?

—¡Yo, yo misma; doquiera oia alabanzas de mi belleza, de mi gracia: todos me miraban, y en sus semblantes se pintaba la admiracion!

Felicia se sonrió tristemente, y luégo dijo:

—¿De modo que ha obtenido V. un triunfo completo?

—¡Completísimo!

—Sin embargo, querida niña, no debe V. creer más que una mitad de lo que ha oido allí.

Yo miré atónita á mi aya.

—¡Qué dices, aya mia! exclamé. ¿No soy bonita?

—¡Como un ángel!

—¿No estaba elegante?

—Maravillosamente; pero sin embargo, más que bonita y elegante — por mucho que lo sea — es V. otra cosa.

—¡Otra cosa!

—¡Sí, otra cosa!

—¿Y qué es ello?

—¡Rica!

—¿Y qué tiene que ver?...

—Que el ser rica es el mérito mayor del mundo.

—Pero á las señoras, ¿qué les importa que yo sea ri-

ca ó pobre? Eso puede hablar con los hombres, que verán quizá en mí un buen partido; pero con las mujeres....

— Las mujeres, como los hombres, halagan más á la que es más rica.

Aquellas palabras me entristecieron profundamente. Felicia lo conoció así, y me dijo:

— La señora Condesa está levantada todavía: ¿quiere usted venir á darle las buenas noches?

Yo hice una señal de asentimiento, y pasamos á la habitacion de mi madrastra.

Hallábase ésta arrodillada delante de su reclinatorio, y rezando, ya desnuda, las oraciones de la noche.

En vez de su habitual traje negro, llevaba una bata blanca de muselina, lisa y sin encajes.

Sus cabellos caian por la espalda en largas y gruesas trenzas negras, sin sujecion alguna: tenía la cabeza oculta entre las manos, y estaba, al parecer, sumergida en una dolorosa meditacion.

El aposento estaba sólo alumbrado por una lamparilla de porcelana blanca que ardía ya durante toda la noche.

Aquella habitacion formaba tal contraste con el brillante espectáculo de donde yo venía, que mi corazon se oprimió de un modo muy doloroso.

Allí la luz; las flores, los brillantes, las sonrisas, la música, todas las seducciones, en fin, de la vida.

Aquí la oracion, la soledad, la sombra, la tristeza.

Al ruido que hicimos al entrar, la Condesa alzó la frente y nos mostró su rostro pálido y triste.

Luégo se levantó, me tomó por la mano, y me dijo:

— Y bien, querida niña, ya sé que has estado en la ópera. ¿Te has divertido?

— ¡Oh, mucho, mucho! exclamé llena de entusiasmo.

— Yo tambien era ántes feliz en la ópera, dijo ella con tristeza.

— Y ahora, ¿por qué no vas ya, querida Magdalena? le pregunté.

— Porque ya no soy jóven: ya á mi edad conviene más el retiro y el descanso.

— Sí, eres aún jóven y bella, á lo ménos á mis ojos. Ella sacudió melancólicamente la cabeza.

— Mira dijo despues: cuando me casé con tu padre, tenías tu dos años y yo veinte y dos. ¿Cuántos tienes tú ahora?

— Cerca de diez y seis.

— ¡Y yo debo contar cerca de treinta y seis! ¿No tengo razon en decir que á mi edad sólo se debe pensar en el reposo?

— Sin embargo, observé yo, mi mamá...

— ¡Tu mamá, hija mia, ha sido siempre dichosa y esto conserva en el alma una alegría eterna!

— Y tú, querida Magdalena, ¿has sido siempre desgraciada?

— Casi siempre; pero no me quejo, porque ése es el destino de la humanidad.

— ¿Pues no dicen que Dios es tan bueno y tan misericordioso?

— Y lo es, hija mia. Dios es la fuente inagotable de la piedad y de la misericordia.

—¿Por qué se complace entónces en hacernos sufrir á todos?

—Porque quiere que ganemos el cielo con nuestra paciencia y con nuestras virtudes: ademas, la felicidad consiste gran parte en nosotros mismos.

—¿De esa suerte todo el que quiere serlo, es feliz?

—Casi, casi; pero muchas veces eso depende del temperamento de las personas, de su imaginacion.

—No obstante, repuse yo, creyendo que iba á dar un golpe concluyente: la belleza es una felicidad, porque con la belleza somos admirados y amados!

—¡Ay, exclamó Magdalena, la belleza es una desventura!

—Pero, exclamé yo exasperada, en todo piensas al contrario que mi abuela! Ella dice que el ser bella es la felicidad suprema: tú, que es una desgracia el tener hermosura. ¿A quién he de creer?

—Por mi parte, te diria que á mí; pero cree, hija mia, á quien te diga tu experiencia: tu abuela ha sido feliz por su belleza; yo he sido desgraciada: no sé si te dará á tí la dicha ó la desventura; pero es más fácil y casi más seguro que le debas esta última.

—Buenas noches, dije enojada y dando algunos pasos para salir.

—¡Ah, exclamó Magdalena, he aquí á la juventud! siempre guiándose por sus ilusiones. ¡Qué triste es después el desencanto! Vé á dormir, hija mia, prosiguió, y perdona el que te haya entristecido. ¡Ojalá que me acuses de visionaria ántes de que toques la triste y desconsoladora realidad!

VII.

IMPRESIONES.

Salí casi irritada contra la Condesa. En mi interior, la acusaba de santurróna, de estafalaria, y aclamaba como las mejores y las más bellas las doctrinas de mi abuela, que eran las que más me halagaban.

Porque decia yo: «¿Acaso mi buena mamá me aconseja nada malo? ¿Acaso no ha sido ella toda su vida un modelo de virtud, de pureza, de caridad? Ella lo ve todo rosado y es más feliz que Magdalena, viéndolo todo negro y sombrío. ¡Oh, sí! ¡Segun mi abuela, todo lo bueno es verdad; segun Magdalena, todo es mentira! ¡Quiero creer á mi abuela y ser, como ella, feliz y amada!»

Este fin tuvieron aquel dia mis dudas y vacilaciones: me incliné al lado de lo más bello y de lo más alegre, por esa tendencia irresistible de la juventud.

Sin embargo, yo amaba y respetaba á aquella doliente mujer, tan buena, tan dulce, tan pura, tan irrepreensible y tan bella: tenía fe en sus palabras, y sabía que siempre habia sido desgraciada; y estas ideas, que entónces se borraron con otras más risueñas, debian algun dia dar un amargo fruto, brotando en mi alma con la hiel del dolor, las semillas que entónces quedaban allí olvidadas é infructíferas.

Al dia siguiente salí con mi abuela sola, y tampoco